

CRÓNICA DE UN PRINGAO



Me desperté un martes por la mañana, me lavé la cara y los dientes, bajé a la cocina a desayunar, abrí la nevera y... ¡No había casi nada! Una botella de agua, una lata de aceitunas y un sobre de queso para la pasta. Decidí abrir el armario en busca de galletas u otras cosas, pero tampoco había nada para desayunar, sólo especias y poco más.

Acabé comiéndome algunas aceitunas, cosa que después no me sentó muy bien. Me puse la mochila en los hombros y agarré la bici a toda prisa para poder llegar a tiempo a clase. De camino empecé a pensar en los deberes, la redacción de lengua, el ejercicio de mates...

—Esto de ser tan olvidadizo no me gusta nada de nada— pensé.

Llegué a la puerta del colegio con muchísima hambre y unas ojeras de haberme quedado hasta las dos de la madrugada jugando con la PS4. Rápidamente me bajé de la bici y abrí mi mochila en busca del candado. No me lo podía creer, me lo había olvidado. No lo pensé mucho y por las prisas dejé la bici tirada en el suelo. Entré por el portón del cole y, por alguna razón que yo desconocía, estaban casi todas las luces apagadas. Se veían luces encendidas en la sala de apoyo, la biblioteca y el despacho del director. Como ninguna clase de primero de la ESO estaba abierta me dirigí hacia el despacho del director. Golpeé la puerta antes de entrar y el director respondió:

—Puede pasar—

Entré y, con permiso, me senté en una silla.

—¿Qué quieres, Óscar?—

—Verá... Hoy he tenido problemas varios por la mañana y no he podido llegar a tiempo...—

Antes de que yo acabase la frase, el director me cortó y me dijo:

—Ve al grano—

—En fin, ¿dónde están todos?— respondí mientras me empezaba a temblar la voz.

—Todos están en sus casas—

En ese momento me alarmé bastante ya que no entendía absolutamente nada.

—¿Qué? ¿Han suspendido las clases? ¿Qué me he perdido?—

—No. Óscar, hoy es sábado, ¿recuerdas? Normalmente los sábados la gente no viene al colegio, pero si tú quieres quedarte no te vamos a cerrar las puertas, que no te vendría mal un buen rato de estudio en la biblioteca—

—Eh... no, no, gracias. Me voy, que tenga un buen día...—

Salí, muerto de vergüenza, del despacho directo a coger la bici e irme pitando. Lo bueno es que ya podía volver a ponerme a jugar todo el día y también tendría tiempo para hacer mis deberes... Pero eso podía esperar; *primero el placer y después el deber*, ese es mi lema.

Sofía Cano 1º ESO

